

Torrente, la calle y Escrivá

PABLO PÉREZ LÓPEZ

CATEDRÁTICO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

«No consta que Escrivá denunciara nunca a nadie por motivos políticos ni por motivos religiosos, y menos que pidiera para alguien la pena canónica de excomunión»

El pasado 12 de enero El Norte de Castilla publicó un artículo de Luis Felipe Torrente que manifestaba su sorpresa por el proyecto de retirar el nombre de su padre, Gonzalo Torrente Ballester, a una calle de nuestra ciudad. Me alegró el escrito: es bueno que un hijo salga en defensa de su padre y que se intente aclarar la historia, tarea siempre difícil. Mi alegría, lamentablemente, se enturbió pronto. La argumentación del artículo fue la causa. Lo que sabemos sobre la vida de Gonzalo Torrente Ballester no puede conciliarse con algunas de las cosas que el su hijo da por ciertas.

Comencemos por el único acusado con nombre propio en ese artículo: Josemaría Escrivá de Balaguer. Se afirma que él «maniobró para que GTB, autor de 'El viaje del joven Tobías' fuera excomulgado». Era la primera vez que leía algo así, y es el caso que he dedicado meses a investigar sobre Josemaría Escrivá en Burgos y en los primeros años cuarenta. Es muy difícil, si no imposible, demostrar una negación, por eso la prueba suele pedirse siempre al acusador. Pero en este caso se ha estudiado tanto al personaje que podemos decir bastante. No consta que Escrivá denunciara nunca a nadie por motivos políticos ni por motivos religiosos, y menos que pidiera para alguien la pena canónica de excomunión. Es posible que Luis Felipe Torrente escriba sin precisión en los términos,

pero desconcierta al reiterar que eso «es cierto». Por que no lo es. Al contrario, está documentado que Josemaría Escrivá medió ante autoridades franquistas para proteger a algunos denunciados.

Podemos acercarnos a la verdad del asunto a través de tres datos. El primero procede del propio Gonzalo Torrente en una entrevista que concedió a César Alonso de los Ríos en marzo de 1979. El periodista no llegó a publicarla en la revista La Calle donde estaba inicialmente destinada, pero lo hizo en el libro *Yo tenía un camarada* (2007). En ella Torrente habla con cierto detalle de sus tiempos de Burgos, de sus convicciones políticas de antaño y de sus publicaciones, cuando formaba parte del equipo de propaganda en la cima del aparato franquista, a la sombra de Serrano Suñer. Torrente afirma que algunos 'burócratas' miraban mal a aquel grupo, por 'intelectuales' y 'revolucionarios', de 'la revolución de Falange', aclara. También habla ahí de la novela *El joven Tobías*: recuerda que fue financiada por la Delegación de Prensa y Propaganda, editada cuidadosamente por razones de prestigio político, que contó con el imprimatur, es decir el visto bueno eclesiástico oficial, del Obispo de Mondoñedo, y que motivó algunas críticas que Serrano Suñer se apresuró a acallar. Todo esto recordaba Torrente Ballester en 1979. Ningún riesgo de excomunión. Ni

rastró de Escrivá. En 1992 aparece una nueva versión. Con motivo de la polémica en torno a la beatificación de Escrivá de Balaguer, Gonzalo Torrente declara a la revista *Tiempo* que su vida, o al menos su vida civil, fue puesta en peligro por maquinaciones del sacerdote. El santo aragonés era entonces blanco de un serial de críticas vertidas en la revista que eran, como se ha demostrado luego, una colección de falsedades aderezadas con medias verdades.

El tercer elemento aclaratorio llega del otro lado del Atlántico y es hoy un documento de archivo al que he podido acceder recientemente. Procede de Pedro Casciaro, arquitecto y sacerdote, residente entonces en México, que vivió con Escrivá en Burgos en 1938. Casciaro leyó las declaraciones de Torrente y escribió en enero de 1992

nueve folios con sus recuerdos de aquellos momentos contradiciendo la versión del escritor gallego. Hace constar allí que nunca escuchó a Josemaría Escrivá hablar de Gonzalo Torrente, a quien no conocía, ni de sus libros, que al menos entonces no había leído. Casciaro escribe dolido y algo irritado. Ayudará a entenderlo saber que su padre era el líder del partido de Azaña y presidente del Frente Popular en Albacete y debió marchar al exilio en Argelia tras la guerra. Escrivá siempre apoyó a la familia Casciaro y los quiso entrañablemente. Es más, intervino para defender a Pedro Casciaro cuando en Burgos fue acusado de espionaje a causa

de su origen familiar. Se trata de un episodio con elementos sorprendentes del que su protagonista ha dado cuenta en su libro de memorias (*Soñad y os quedaréis cortos*, 1994). Había vivido, en primera persona, lo contrario de lo que sostenía Torrente Ballester.

En mi opinión, estos indicios, sumados a la falta de cualquier evidencia documental positiva, hacen que se deban tener por inconsistentes las acusaciones de Gonzalo Torrente. Por cierto, sobre su tendencia a los cambios de versión con el paso del tiempo hay unas interesantes líneas en la entrevista de Alonso de los Ríos. En ella evoca también Torrente un curso sobre la nueva Europa al que asistió en el París ocupado impartido por Joseph Goebbels. El periodista le pregunta «¿Qué impresión te hizo Goebbels?» «Te acojonaba», comienza la respuesta. Al alemán suele atribuirse la frase de que repitiendo miles de veces una mentira pasará por verdad. Es una de las leyes de la propaganda. Pero hay otra ley del conocimiento más esperanzadora aunque más modesta: la verdad termina por abrirse camino, aunque le lleve tiempo. Espero que estas líneas contribuyan algo a conseguirlo. Al fin y al cabo supongo que si Gonzalo Torrente Ballester merece un calle es por sus indudables méritos literarios. No es lícito manchar la memoria ajena para sacar lustre a la de nadie.



:: JOSÉ IBARROLA